

La impronta práctica para la formulación de sentido.

América Elvira Hernández Veráztica

Introducción

Uno de los ejes explicativos de la ciencia social es sin duda la acción social y junto a ella, la capacidad explicativa del cuerpo teórico-social depende de la comprensión de dicha acción, no solo en su expresión objetiva sino también en su expresión subjetiva dada mediante el uso del lenguaje.

Es esta parte subjetiva la que ha dado paso a una infinidad de debates en torno a la capacidad del actor para dar sentido a su acción y los componentes mentales inaccesibles para el científico social para dar cuenta de la verdadera razón de su actuar y en ese sentido del significado atribuible desde el propio actor a la acción.

Existen diversas interpretaciones acerca de esto y, desde la sociología, las escuelas comprensivas han aportado a la explicación de la acción social como sentido y la hermenéutica aporta la posibilidad de comprender a la acción como sentido y en contexto mediante el lenguaje discursivo.

En el presente trabajo, interesa más allá de la problematización acerca del sentido dado por los actores a su acción, las distintas formas en que se concibe la práctica y en ese ejercicio se da sentido a la práctica, desde donde surgen luego distintas aportaciones teóricas respecto a lo observado.

Tres formas de observar la práctica desde la teoría sociológica: Bourdieu, Weber y Giddens

Sin duda, el papel de las ciencias sociales es descubrir formas de causación social ignoradas por los autores, para ello, es fundamental el marco de sentido que en la teoría social se recupera acompañado de la noción del agente humano cognoscente (Giddens, 2001). Es decir, se trata de destacar fenómenos cotidianos realizados por los actores sociales para dar vida a la sociedad y que, habitualmente, no son objeto de formación discursiva o explicativa.

Para Bourdieu, el dar cuenta de lo cotidiano conlleva un marco de sentido práctico que constituye una teoría de la práctica realizada a partir del situarse en la actividad real como tal y que está constituida por el sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes (-*habitus*-, véase Bourdieu, 1991).

Una acción, es producto del *habitus* impreso en el cuerpo y se vuelve manifiesto en el sentido práctico. Esto es, el sentido práctico está representado por aptitudes para moverse, actuar y orientarse según la posición ocupada en el campo social y de acuerdo con la lógica del propio campo.

Recordando el texto de Gilberto Gímenez, el sentido práctico se manifiesta sin recurrir a la reflexión consciente, pues la parte inconsciente del *habitus* brinda una disposición de acciones automatizadas de acuerdo con los estímulos del medio –campo- (Gímenez, 2005: 84). El *habitus*, al funcionar como principios generadores de prácticas pueden estar adaptadas a su fin sin que ello suponga la búsqueda consciente de fines y el dominio de reglas.

En esta afirmación, Bourdieu se diferencia de Weber en cuanto a su noción de acciones perseguidas conscientemente de acuerdo a fines y también de Giddens en relación a la doble generalización obtenida a partir de las acciones intencionadas. Me permito aquí abrir un paréntesis para establecer el punto exacto de separación teórica y así, observar nuevamente el planteamiento de teoría práctica de Bourdieu.

Weber y el sentido mentado de la acción.

La construcción de tipos ideales de Weber le permitió la confluencia de los conceptos básicos de su teoría y su sociología política. En el tipo ideal reconoce la relación entre el sentido subjetivo de los actores sociales y construye un instrumento para el análisis estructural de las instituciones sociales.

La acción social en la perspectiva weberiana es definida como: Una conducta humana¹ siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo. La “acción social” por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por el sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por ésta en su desarrollo (Weber, 1969).

El sentido mentado implica la subjetividad del pensar o sentir y otorga el individuo la posibilidad de razonar su propia acción. Toda acción social tiene un sentido, es el sujeto quien otorga el sentido a su hacer y en este sentido tiene lugar la nomología medio-fin.

Para Bourdieu, aquí radica la ilusión de una creación libre de propiedades de la situación y por ende, de los fines de la acción, pues, retomando su teoría las propiedades de la situación son estímulos que encuentran reconocimiento en los agentes condicionados por el *habitus* (Bourdieu, 1991:93)

¹ La conducta humana puede consistir en un hacer externo o interno o bien, en un omitir o permitir.

Volviendo a Weber, se puede comprender la acción social si conocemos los medios y los fines que orientan la acción del individuo. De esta forma, la tarea de la sociología y las ciencias de la acción en general es “comprender, interpretándolas, las acciones orientadas por un sentido” (Weber, 1969)

Desde el punto de vista de Weber comprendemos la acción cuando conocemos la proposición de sentido de ésta, es decir, cuando tenemos de manera paralela una comprensión racional de los motivos. Esto nos brinda una explicación del desarrollo real de la acción; explicar entonces significa, captar una acción dentro de un marco de sentido subjetivamente mentado.

En su propuesta, el sentido mentado y el motivo se hayan estrechamente ligados. El motivo para Weber es la conexión de sentido que para el actor y para el observador aparece como el fundamento de una conducta. La tarea de la sociología consiste entonces en averiguar e interpretar las conexiones de sentido aún cuando no hayan sido elevadas al plano de la conciencia o no hayan sido manifiestas con toda la plenitud con que fueron hechas.

El conocimiento weberiano de la acción comienza por las observaciones de la experiencia y posteriormente se centra en el ejercicio interpretativo. Tal ejercicio es causal y la conexión entre interpretaciones causales permite la comprensión de la acción. Una interpretación causal correcta de una acción, significa el conocimiento certero y la comprensión de la conexión entre el desarrollo exterior y el motivo. Se dice pues, que una conducta desarrollada como un totalidad coherente es adecuada por el sentido en tanto se afirma la relación entre sus elementos y constituye una conexión de sentido típica (Weber, 1969: 11).

En una crítica a Weber, Giddens incorpora la visión de Schutz en cuanto a que la comprensión de una acción se da por observación directa y nombrar una actividad implica ya haberla comprendido, es decir, atraviesa la noción temporal para remarcar la ambigüedad en la idea de acción: la diferencia de la experiencia subjetiva en sí misma del

acto completo, pues el sentido no puede imputarse a la acción vivenciada en tanto el actor está inmersa en la acción misma (Giddens, 2001:45).

El otorgar sentido a la acción implica una mirada reflexiva sobre el acto por parte del actor o de otros y esto solo puede realizarse retrospectivamente cuando la acción ya se vivenció. Retomando a Bourdieu, se puede dar sentido a la acción si se observa en ella la experiencia en tanto acumulación de conocimientos provenientes de la práctica, incorporada como pasado objetivado e interiorizado en forma de *habitus* (véase Bourdieu, 2003: 54 nota al pie 59).

Giddens y las consecuencias no buscadas de la acción.

Giddens parte, para la explicación de la práctica cotidiana, del concepto de conciencia práctica por medio de la cual, los seres humanos producimos la vida social y su observación consciente permite el establecimiento de normas o convenciones formadas (primera generalización) como consecuencia de acciones intencionadas (segunda generalización).

Los dos tipos de generalizaciones solo tienen lugar si el actor conoce su hacer y los motivos de dicho hacer y, para que las generalizaciones, se presenten como novedad, habrán de ser descritas por actores agentes externos al ambiente cultural donde fueron realizadas (Giddens, 2001).

Su concepto de acción está centrado en la intención referida a una conducta dotada de un propósito, propósito e intención en la teoría de Giddens son equivalentes y definidos como: “cualquier acto del cual un agente sabe (creé) que puede esperar que manifieste una cualidad o resultado particular, y en el cual este conocimiento es utilizado por el actor con el fin de producir esta cualidad o resultado” (Giddens, 1995: 47). Al respecto es preciso recuperar tres aclaraciones que lo separan de la visión weberiana de racionalidad:

- a) Para que la acción lleve un propósito, el agente no tiene por qué ser capaz de formular el conocimiento aplicado como una proposición abstracta, ni es necesario que tal conocimiento sea válido.
- b) El propósito no está ciertamente limitado a la acción humana.
- c) El propósito no puede ser adecuadamente definido.

Un sujeto social es capaz de conseguir su intención pero no mediante su propia actividad y a estos actos se les considera intencionales aún cuando se producen como consecuencias que le son adjudicadas a la intención del actor pero en realidad no formaban parte de su propósito.

La agencia, entendida como acción orientada a la praxis, se percibe como una acción racionalmente ordenada y la conducta prerreflexiva se encuentra bajo un marco de sentido de conciencia práctica que aquí se entiende como un saber. Una conducta deliberada supone pues, la aplicación de un saber para producir un resultado en particular o una serie de resultados, es entonces un saber aplicado.

Los mismos agentes pueden suministrar por lo que dicen (sabiéndolo o no) de límites para identificar las acciones deliberadas que en lo cotidiano consisten en la regulación continuada y lograda del actor, respecto a su propia actividad (Giddens, 2001:106). Este dominio del curso de los sucesos cotidianos normalmente es dado por supuesto por sus propios actores pero que, en la vida diaria, tienen implícito un juicio de pertinencia según los parámetros del sentido común.

La pertinencia de una acción tiene lugar por convenciones logradas en contextos definidos y el juicio de pertinencia respecto a ellas, puede seguirse de una explicación de razones de la acción dada directamente por el actor o inferida por otros. La racionalidad para Giddens conlleva un nivel discursivo que opera en el acto y la conciencia discursiva y la práctica misma no están separadas.

Considerando su crítica a Weber, solicitar una respuesta respecto al actuar interrumpiría el fluir continuo de la acción, por tanto, la conciencia cognitiva que permite a un actor adelantar el curso de la acción (deliberación) solo tiene cabida porque el actor fue quien la efectuó y no por corresponder a un esquema de intencionalidad aún cuando si mantiene un principio de responsabilidad.

El resultado deseado de la praxis se produce por algún suceso afortunado e imprevisto y no mediante la participación del sujeto como supone Weber. “Soy el autor de muchas cosas que no me propongo hacer, y que quizá no quiero producir, a pesar de lo cual las hago. A la inversa, puede haber circunstancias en las que intente lograr algo, y en efecto lo alcance, aunque no directamente por mi obrar” (Giddens, 1995: 46).

Una actividad puede tener consecuencias no significativas, únicas o significativas múltiples y ello expresa la complejidad de actividades individuales en tanto resultado de las consecuencias no buscadas de la acción. Lo anterior implica una variedad de modos de emprender que enlazan un número determinado de intenciones pero que sólo en pocas intenciones el individuo tiene en su mente un fin definido que organiza de manera inequívoca en su dirección.

La actividad personal cotidiana consiste en una corriente continua de actividad intencional en interacción con otros sujetos y la naturaleza (estructura), la intencionalidad solo puede darse reflexivamente por el actor como explicación que interrumpa el continuo de su actividad o bien como una asignación conceptual dada por otro agente.

La racionalización se constituye como una expresión causal del fundamento de intencionalidad del agente en el conocimiento de sí mismo (teórico lego de la vida cotidiana) y en el conocimiento de los mundos socio-materiales que conforman la estructura. La acción implica una motivación entendida como necesidad ligada a elementos afectivos de la personalidad (miedo, etc) y un interés definidos como los resultados o eventos que facilitan la satisfacción de las necesidades de los sujetos.

Al igual que Giddens, Bourdieu parte de la observación de las prácticas, del hábito, entendido como la manifestación de *habitus* en el sentido práctico, es decir, traducido en prácticas sistemáticas e inconscientes. Las prácticas habituales son producto de estímulos y no necesariamente de motivos intencionados como en la teoría weberiana.

El conocimiento práctico o sentido práctico, tanto para Bourdieu como para Giddens reconoce un saber aplicado aunque, a diferencia de Giddens, Bourdieu establece que este saber es la práctica, atravesada por la historia (experiencia) objetivada e interiorizada. El *habitus* genera al agente una aptitud para moverse, actuar y orientarse en el espacio social de acuerdo con su posición en el mismo.

En sentido estricto, el *habitus* de Bourdieu explica el saber implícito en la acción dotada de propósito de Giddens, sobre todo, en cuanto se refiere a la actividad en interacción con otros y con la estructura. Es decir, mientras que en Giddens las acciones deliberadas en lo cotidiano suponen el dominio del curso de los sucesos dado por supuesto por los actores, Bourdieu atribuye este supuesto a la actuación del *habitus* que permanece como disposiciones u opciones de sentido práctico destinado a la acción.

El sentido común en Giddens dado por la convención en un contexto cultural es explicada por Bourdieu en cuanto a la incorporación de la misma historia objetivada (sentido práctico) que permite en los agentes la producción de prácticas mutuamente comprensibles, las cuales, al ajustarse al sentido objetivo de la estructura forman el mundo del sentido común (Bourdieu, 1991: 100). Pero, a diferencia de Giddens, para Bourdieu el *habitus* permite ahorrarse la intención, producción y desciframiento de las prácticas y las obras, pues el dominio de un código común es posible por la concordancia entre *habitus*.

Bourdieu y el sentido práctico.

Para Bourdieu, el mundo práctico constituye la relación con el *habitus* como sistema de estructuras cognitivas y motivacionales. El *habitus* como sistema objetivo incorporado en el actor, se manifiesta en el sentido práctico como soluciones aplicables que aparentemente se observan como invenciones individuales, deliberadas, como diría Giddens.

Las soluciones aplicables son producto de la historia (experiencia) que se depositan en los agentes como principios de percepción, pensamiento y acción y que garantizan la conformidad de las prácticas (materialización de la experiencia colectiva) y su actualización en tanto principios aplicados y con posibilidad de transformación en la aplicación misma.

El contraste entre los principios y su aplicación forman una unidad de sentido que pareciera previa (acción deliberada) cuando es el realidad un producto de las conductas engendradas por el *habitus* como conductas razonables o dotadas de sentido común. Así, el *habitus* y su confrontación con el acontecimiento dentro del campo ajusta las conductas pertinentes que para Giddens pueden ser juzgadas considerando el marco de sentido común dentro de un contexto cultural dado.

La existencia de probabilidades semejantes producto del *habitus* da al sentido común esa semejanza de convención que Giddens arguye y que atribuye a la convergencia entre intenciones y necesidad aún cuando no sean conscientes para el actor frente a una situación dada. Ambos autores coinciden en el uso del tiempo para el planteamiento científico de las acciones de los legos.

La práctica está dotada de tiempo, un tiempo continuo y distinto a la percepción atemporal del conocimiento científico, pero además, tiene una lógica que puede escapar a la aprehensión teórica pues contiene su propio universo de discurso que da sentido y que al introducir la interrogación teórica para introducir al agente sobre la reflexión de su práctica, se pierde el punto de vista de la acción.

Para Bourdieu, lo propio de la práctica es que excluye la cuestión sobre su razón de ser, sus propósitos son expresados por omisión y entre silencios. La práctica excluye el retorno sobre sí (el pasado) ignorando los principios que la guían (*habitus*) y las posibilidades que encierra (estrategia) y que no puede descubrir más que convirtiéndolas en acto, esto es, desplegándolas en el tiempo (Bourdieu, 1991:154).

Los actos son producidos bajo la actualización (confrontación) del *habitus* con la situación creándose así las condiciones de la producción de las prácticas. Los actos son circunscritos a la expresión individual del *habitus* como una estructura subjetiva fundante de una variación estructural de otros, es decir, un *habitus* interiorizado que aparece como personal o individual por la singularidad de las estructuras producidas por experiencias anteriores y nuevas.

Las experiencias anteriores marcan un nivel de percepción o disposición en el *habitus* que al actualizarse en una circunstancia y campo, se enfrenta a experiencias denominadas “nuevas” pero que están pre-seleccionadas por los estímulos del ambiente que refuerzan la existencia del *habitus* dando una apariencia de futuro.

El *habitus* estructurado (producto de la inculcación del origen social y de la acción pedagógica dominante) está en forma de principios de percepción y apreciación (sistemas subjetivos) que son origen de todas las estrategias a las cuales puede recurrir el agente para enfrentar situaciones imprevistas y así actualizarlas.

Las condiciones subjetivas circunscritas al ámbito mental de representaciones en el cerebro del agente, son la forma individualizada de *habitus* por la cual, el individuo se apropia de la estructura y es capaz de actualizarla mediante las acciones realizadas en la práctica y la posibilidad de reproducirlas en estructuras semejantes a las estructuras objetivas que les dieron origen.

Todo ello sucede sin mediar la racionalidad o la intencionalidad en sentido weberiano, incluso, si bien Bourdieu reconoce que la gama de posibilidades de elección del agente y la combinación de su trayectoria pasada (*habitus*) pueden dar lugar a una infinidad de posibilidades, siempre existe el componente inconsciente de la estructura (estructurada-estructurante) que restringe la capacidad de invención. Por si esto fuera poco, también están las condiciones objetivas en el juego, esto es, las características del campo, su lógica, la posición del actor y las condiciones materiales con las cuales se presenta en dicha posición (la distribución de capital con la que cuenta).

Según Bourdieu, el retorno reflexivo sobre la acción misma, cuando se establece por parte del científico social, está subordinado a una persecución de determinados resultados y no a la intención de explicar cómo se ha logrado determinada práctica o resultado (Bourdieu, 1991:154). La afirmación la realiza luego de exponer la lógica de la práctica como independiente de la lógica científica, refiriéndose sin lugar a dudas a la antropología y su intento por hacer discursivas las acciones rituales de ciertos grupos culturales para sí entender su actuar.

El sentido práctico, afirma, solo puede funcionar dentro de la situación y funciona en el presente continuo atrapada por “eso de lo que se trata” y por las funciones prácticas que están en forma de potencialidades objetivas (*habitus*). La interdependencia entre *habitus* y la situación (campo) es la clave para observar la aparición de ciertas potencialidades que de otra manera, si no hubiera estímulo no se mostrarían.

Esto es, la práctica excluye el retorno sobre sí en la medida en que sólo sucede cuando se convierte en acto y se despliega en el tiempo. Mientras esto sucede, no tiene lugar la atemporalidad de la lógica científica sino la temporalidad de la lógica práctica la cual, mientras sucede en el continuo del tiempo encierra celosamente los principios que la guían y las posibilidades de respuesta para mostrar solo el acto que deja de ser principio potencial para convertirse en respuesta ante una situación.

Dicho de otra manera, la práctica ritual que invita a los antropólogos a realizar interpretaciones o convertirlos por analogía al discurso que en Giddens sería el de segunda generalización sobre el que se construye la ciencia social, es una práctica corporal, la que puede leerse en el acto de representación mimético en una situación dada y que no conlleva en sí mismo ninguna explicación en términos relacionales que pueda expresarse mediante el discurso que impone una lógica totalizante (científica).

Cuando se realiza, es decir, cuando se le imputa un discurso en términos científicos se corre el riesgo de reflejar las posibilidades de científico (agente) y quita entonces toda posibilidad de explicación real del acto observado.

Sin embargo, Giddens insistiría en que si el agente conoce su hacer y las razones de éste puede mediante el acto discursivo hacerlo explícito. Esta afirmación sería válida si se considera a la lengua como un modo de acción (acto de habla como diría Austin). Si es así, entonces estaríamos hablando que los pueblos donde tienen lugar las prácticas rituales son “culturas orales” (Ong, 1987).

De acuerdo con el autor las culturas orales primarias no tenían conocimiento de la escritura y por ello las palabras, más que sonidos, son hechos, acontecimientos. En los pueblos orales, las palabras tienen un gran poder y la interlocución es esencial para retener y recobrar el pensamiento articulado mediante la repetición oral, por la imposibilidad de existencia de escritos que recuperen y guarden tales pensamientos.

Las expresiones tradicionales de las culturas orales no pueden ser desarmadas porque ya están reunidas en una complejidad estructural discursiva para su preservación dentro de la mente porque solo ahí se conservan. En este sentido, sería impensable volver al enunciado oral pues éste desaparece cuando es articulado.

En estas sociedades orales la repetición y el aprendizaje es básico para la formación del aprendizaje de ahí que, según el autor, se privilegia a los ancianos sabios porque ellos se especializan en conservar el conocimiento oral, son repetidores del pasado (Ong, 1987: 47).

De una repetición a otra, tiene lugar, sin embargo, una variante del relato original, así, se impregna vitalidad a la tradición pues se mantiene en el presente.

De hecho, las acepciones de palabras surgen en el presente aun cuando los significados anteriores hayan moldeado las formas de ver el mundo actual en formas ya no perceptibles. El repaso por este tipo de sociedades recuerda a las prácticas rituales analizadas por Bourdieu en su texto sobre el sentido práctico y al respecto, las sociedades orales tendrían la dificultad de enunciar su propio actuar debido a su constante presente, serían pues, corporalizados en su acto, orales en su memoria y proclives a la observación.

Refiriéndose al tema, Bourdieu afirma que pueden elaborarse esquemas los cuales permitan la sistematicidad objetiva de la práctica, pero en ellos radica el peligro de imputarles lógica y consciencia ajenas a su esencia. De hecho, pueden tomar prestada la teoría de los grupos de lenguaje para describir la sintaxis de un mito pero cuando deja de aparecerse como una traducción cómoda también destruye la verdad que permite aprehender (Bourdieu, 1991: 156).

No se trata solamente de la memoria oral, sino de ésta aplicada al a circunstancia mediante la cual se intenta traducir en palabras los actos realizados en rituales, cuando implica explicar o ponerse en contacto con el observador de las prácticas acerca de éstas. Normalmente, la recurrencia de estas sociedades orales es a los mitos y las referencias donde la percepción del mundo y la acción no se separan, son coherentes una con la otra.

Las prácticas y representaciones rituales son coherentes porque también son producto del funcionamiento combinado de principios generadores (*habitus*) unidos a relaciones de “sustituabilidad práctica”, esto es, capaces de producir resultados equivalentes desde el punto de vista de las exigencias de la práctica (Bourdieu, 1991: 159).

La particularidad de este tipo de agente no lo exime, desde la perspectiva bourdiana, de tener *habitus* y constituirse en la práctica de generaciones sucesivas en condiciones de

existencia que constituyen, como sistemas subjetivos, principios de percepción, apreciación y acción adquiridos en la práctica y puestos en marcha en la práctica misma sin mediar una representación explícita producida por instituciones de inculcación como la escuela.

La lógica práctica es producida fuera de toda intención consciente, mediante el cuerpo y una lengua estructurados y estructurantes, generadores automáticos de actos simbólicos (Bourdieu, 1991: 160). La práctica en tanto generación de actos simbólicos se produce una especie de doxa producto del *habitus* y su relación con el campo en forma de experiencia acumulada, ahora como estructura subjetiva.

Criticando a Lévi-Strauss, Bourdieu describe las prácticas rituales como estrategias de autoridad o reciprocidad que significan intenciones, necesidades, deseos u órdenes mediante palabras o actos performativos que producen sentido fuera de toda intención de significar (Bourdieu, 1991: 161). Y, la comprensión de este tipo de actos y ritos conlleva una ambigüedad intrínseca que confunde a la interpretación hermeneútica y la hace aún más incomprensible en su naturaleza práctica.

Para Lévi-Strauss, los símbolos no tienen una significación intrínseca, significan por su posición en función de la historia y del contexto cultural, y, por la estructura del sistema donde figurarán. Por esa razón, la antropología ha de descifrar solo las estructuras subyacentes a todos sistema simbólico y no así su significación pues no corresponde a la organización de sistemas de pensamiento (Martínez, 2004: 23). Al respecto, para Bourdieu separar las condiciones objetivas de la estructura impide la comprensión de su función dentro del acto signifiante.

Una palabra performativa (una maldición) ejemplifica las posiciones de poder (dominantes) desde donde se emite o enuncia una sentencia, los ancianos que la ejercen tienen tras de sí el orden social, la experiencia y el poder de la sabiduría (conocimiento de la memoria oral) y lo imprimen en situaciones de inseguridad dándole sentido al acto (significación) fuera de la intención misma de significar.

Comprender la práctica ritual y devolverle su razón de ser fuera de la construcción lógica, no solo es reconstituir su lógica interna (contra lo que los estructuralistas antropológicos dirían), es restituirle su necesidad práctica relacionándola con las condiciones reales de su génesis (*habitus*) que están detrás de las funciones que cumple y los medios que emplea para ello (Bourdieu, 1991: 163).

Esto es, desenmarañar la estructura objetiva que por medio del *habitus* imprime funciones a los rituales, le estampa el estado de las fuerzas productivas que lo determinan a través de la incertidumbre implícita en su existencia dentro de la vida natural. Nombrar, la experiencia colectiva que por medio de la práctica relaciona las bases económicas y las acciones o representaciones rituales.

Rituales que en sí mismos, muestran estrategias aplicables entre pares humanos y trasladadas al mundo natural, de ahí el uso y creación de símbolos en tanto actos prácticos en escenarios naturales. Las condiciones económicas hechas estructuras subjetivas (*habitus* estructurante) forman principios que operan en las prácticas simbólicas dándole un sentido (significado) para cada uno de los agentes involucrados en la experiencia colectiva.

En la concepción bourdieana de lógica práctica aparecen el cuerpo y la lengua como *habitus* y el uso de la lengua es importante para la transmisión de la memoria colectiva y para organización del mundo que ha de transmitirse mediante un discurso. De acuerdo con Regina Martínez, la lengua, aunque proviene de un mundo subjetivo, significa para la percepción de los interlocutores una transmisión de la “realidad objetiva” contenida en las palabras y esa realidad objetiva es diferente para cada comunidad lingüística (Martínez, 2004: 30).

Pero Bourdieu no solo observa la lengua como *habitus*, también el cuerpo es tal y ambos constituyen la lógica práctica y son, en esa medida inseparables. No basta con la

transmisión de la realidad objetiva, también está impresa y se recrea como estructura en los actos realizados con el cuerpo.

La realidad objetiva, implícita en rituales solo es discursiva en su acción misma y ese discurso necesariamente está acompañado por el acto corporal, de ahí la posibilidad de reproducción de estructuras y también de cambios en las estructuras, cambios que pueden convertirse en nuevas condiciones para la acción futura en términos de Giddens sólo en la medida en que expresan condiciones inadvertidas para los actores en una convergencia entre intenciones y necesidad que regularmente son inconscientes.

Un actor puede intentar una acción sin el deseo de hacerla o tener el deseo y no intentar acción alguna, en ambos casos, la necesidad o intención detrás para inadvertida para el actor pero puede convertirse en una motor de acción cuya consecuencia no deseada cambie la estructura y se convierta en nuevas condiciones para la acción.

Una actualización de la estructura que en términos de Bourdieu tiene lugar como una acción vivida por el agente quien, en correspondencia con el dominio de la lógica práctica, traza en forma de trayectoria en los distintos campos y capitales donde se materializa la estrategia y con ella la reproducción individualizada de la estructura.

En términos de la práctica, su observación sólo tiene lugar si se presencian actos sean o no simbólicos y a partir de ahí, su comprensión tiene lugar dentro de su lógica práctica y de sus condiciones de existencia y funciones de producción. De ahí que, su esquema trate de formular espacios explicativos que parten de la observación y no se centran solamente en la cuestión de la acción emanada desde el actor.

En conclusión, la observación de la práctica de Bourdieu aporta a la sociología comprensiva determinantes estructurales en forma de *habitus* que condicionan actos inconscientes y los explican. Además, complementa la crítica de Giddens a las sociología comprensiva al aportarle explicaciones a aquello que el agente da por sentado, explicita las

implicaciones de una actuar que puede reproducir la estructura o modificarla con las consecuencias no deseadas de su acción.

Y, respecto a la observación de la práctica, problematiza las tendencias interpretativas y explicativas que tratan de dar sentido científico a la práctica realizada, sobre todo en comunidades culturales ajenas a quien las interpreta e intenta dotar de sentido para sus aportaciones a la formación del conocimiento.

Como solución al problema planteado, Bourdieu recuerda la impronta práctica temporal que marca sin duda el significado de la acción sin pretender colmarla conscientemente de sentido. La significación de una acción dentro de un marco de sentido, es, en la práctica, un asunto inconsciente y solo aprensible por la observación.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (1991) *El sentido práctico*, Madrid, España. Taurus Ediciones
- Bourdieu, Pierre (2003). “Espacio social y espacio simbólico. Introducción a la lectura japonesa de La Distinción en *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (2001) *En defensa de la sociología*, Madrid, España. Alianza Editorial,
- Giddens Anthony (1995) *La construcción de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrourtu.
- Gimenez, Gilberto (2005) “Introducción a la sociología de Bourdieu” en Isabel Jiménez (coord.) *Ensayos sobre Pierre Bourdieu y su obra*. México, UNAM.
- Martínez Casas, Regina (2004). *Vivir invisibles. La resignificación cultural entre niños otomíes urbanos en Guadalajara*. Tesis Doctoral, México, CIESAS.
- Max Weber (1969), *Economía y sociedad*, México F.C.E., México.
- Ong, Walter J (1987) *Escritura y Oralidad. Tecnologías de la palabra*, México, F.C.E